

UNA BOCA SIN DIENTES



JORGE VARGAS CHAVARRÍA
UNA BOCA SIN DIENTES

Título: *Una boca sin dientes*.
Primera edición: mayo 2023.

De esta edición: InLimbo Ediciones S.L.
Dirección: Manuel Arcas Castillo.
Coordinación: Ana Martínez Castillo.
www.inlimbo.es
www.facebook.com/InLimboEdiciones

Del texto: © Jorge Vargas Chavarría.
Diseño de la colección: Rosa Aguilera García.
Imagen de cubierta: © Pilar Lozano (@plasticocruel).
Corrección: Juan García Rodenas.
Maquetación: Rosa Aguilera García.

Impresión y encuadernación: Cofás Artes Gráficas.
www.cofassa.es

ISBN: 978-84-126583-3-0
Depósito legal: AB 286-2023
IBIC: FYB

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier procedimiento, sin previa autorización del editor.



InLimbo
Narrativa

I
Lugar de origen

Una boca sin dientes

Con frecuencia, sueño con una boca sin dientes. Una boca como un agujero negro que engulle un barrio entero, con sus casas, autos y habitantes. He tenido sueños raros desde niño. «Tú sí que eres raro, Nico», me decían en el colegio. A mi abuelo, por el contrario, le parecía que mis sueños obedecían a un don. Estaba convencido de que yo, con trece años, había desarrollado una sensibilidad que mis hermanos no. Y de la que yo, sinceramente, habría querido deshacerme.

Mis hermanos sostenían que yo era el nieto favorito; el que recibía los mejores regalos o billetes por cualquier favor. Lo cierto es que yo era el único dispuesto a ayudar al abuelo a reparar las averías de su casa: un tomacorriente flojo, una tubería rota, esas cosas. No podía no ser atento con él, que era la única persona que escuchaba mis sueños con atención. Por eso ha sido tan difícil borrar de mi cabeza la imagen de su cuerpo roto escalera abajo. Ese instante que ha atravesado mi adolescencia y mi adultez, y ha sido un luto que mi familia nunca supo acompañar.



Por las mañanas tomo unas galletas de la alacena, una fruta de la nevera y un jugo en cartón que meto en mi maletín. Desayuno en el auto de camino a la agencia porque llevar meses

durmiendo mal hace que haga muchas otras cosas mal. De hecho, todo lo que no sea dispersión se ha vuelto una sensación extraña.

El silencio en la agencia solo puede significar que hay un conflicto gordo que nadie ha visto y que hará que nos griten: «¡Nadie se va hasta que arreglen esta pendejada!», como si replantear estrategias de marketing fuese algo de unas horas o al equipo le quedaran energías después de las cinco. En todo caso, no me quejo con nadie porque el sueldo no está mal y me permite costear una vida independiente. Una decisión que hace que los veinteañeros que apenas se inician en este mundo soñado del marketing, al que muchos llegan creyendo que las marcas los volverán ricos con regalías exorbitantes, me observen como un ídolo que ha podido abandonar el *yugo de los padres*. Los chicos de veinte hablan así. Todo son extremos. Ojalá mis sueños fuesen sobre volver a mis veinte con deseos de un futuro de éxito y reconocimiento. Es gracioso cuando, al conversar con estos veinteañeros que no duran más de seis meses en la agencia, me dicen cosas como: «Escogí esta carrera porque no soporto la presión y las reglas. Yo no podría estudiar medicina ni una ingeniería», como si en nuestro ámbito todo fuesen *likes*, sonrisas y ovaciones; como si en este mundo no se sintiese el azote de la adultez en la espalda.

Llevo puesta una camiseta de *My Chemical Romance* y unos *jeans* negros que fueron mis favoritos a los trece. Reconozco este paradero de bus porque me bajé aquí durante años, cuando traía encargos que mi mamá le enviaba a mi abuelo. La señora a mi lado es una de sus vecinas, doña Pilar, una mujer amable a la que le calculo unos cincuenta años. Como mi abuelo había enviudado tiempo atrás, mis hermanos lo molestaban diciéndole que se casara con ella; que habían escuchado que sabía bailar y cocinar bien.

Esta no es la primera vez que doña Pilar y yo coincidimos en este paradero a esta hora en que la noche todavía es una amenaza incierta. Por eso nos saludamos con cariño. Ambos sabemos que caminaré recto por la calle porque la casa de fondo es la del abuelo.

Esta es la calle sobre la que la boca se agiganta en el cielo y lo devora todo.

Es aquí: este es el lugar de mi sueño.

Me ha despertado el calor. Me tomo un vaso de agua fría mientras camino por el departamento como acostumbro en las madrugadas. En las noches insomnes me tumbo en el sofá frente al televisor de la sala. Busco algún documental o el concierto de una banda mediocre que me aburra lo suficiente como para quedarme dormido.

Me paso la vida así: incapaz de entender mis recuerdos y mis pensamientos. A esta edad no poder enunciar algo es vergonzoso. Es reconocerse inútil. Es, de algún modo, darles la razón a mis hermanos en que «solo los locos sueñan tan seguido».

Incumplo mi promesa de no trabajar en casa al atender los pendientes de la agencia. Me gustan las ilustraciones como fondos de pantalla de mi *laptop*. Ahora mismo tengo una figura gótica que me recuerda la época en que ilustraba con bocetos lo que ocurría en mis sueños; las imágenes que yo no sentía como un delirio sino como experiencias. Dibujaba para que, al mostrarlas a mis padres, me ayudaran a encontrar algún significado.

Los bocetos me hicieron entender que mi abuelo tenía razón: era mejor no compartir nada con mi familia porque: «La gente no entiende los dones», dije, e hizo un guiño para animarme. En los ojos de mi madre, en cambio, nunca hubo

guiños sino la mirada que se dirige hacia quienes han perdido la cabeza.

En mi bandeja de entrada hay un reclamo de un cliente y correos de los jefes que se leen como gritos. «A los clientes, les respondes al segundo, a la medianoche o a las seis de la mañana», eso es lo que dirían, sin duda. Nos lo han recitado mil veces en la agencia. Casi tanto como el: «Deja de *chupar*, Nicolás», que al gerente le encanta decirme. «Cargas una cara de culo. De culo feo», me ha aclarado incluso. «Consíguete una novia que te quite la depresión», y lo que hago es seguir tipeando en la *laptop*.

El problema del cliente se resuelve sobre las siete de la mañana. A nadie le pareció que ese correo podría haber esperado unas horas ni que las horas libres debían respetarse. Mis compañeros saben que los felicitarán por esa mierda de «ponerse la camiseta» que se inventaron los empleadores. Que haber estado en línea en la madrugada es un gesto para la empresa. Y, en este punto, ciertamente, no me importa regalarles mi tiempo a los dueños con tal de ocupar la cabeza en algo. Después de todo, ningún concierto malo me induce a conciliar el sueño ni esta ni varias otras noches. Pierdo, además, el apetito y el pelo. Tengo urticaria, insomnio, colon irritable, gases. En definitiva, una salud que pudiera ser la de un hombre dos veces más viejo.



Nos enteramos por los vecinos de que mi abuelo y doña Pilar habían discutido. La razón nunca se supo o, por lo menos, no llegó a oídos de mi familia. Debí habérselo preguntado yo mismo. Yo estoy en el portal de la casa, tocando el timbre mientras ella pasea a su perro. Le grita: «¡Eh!, ni se te ocurra», cuando el animal levanta la pata sobre la fachada de una casa. Saludo a doña Pilar agitando el brazo en el que me tatué el logotipo de Evanescence con doce años. Si bien a ella

no le sorprende, en el colegio me obligaron a llevar abrigo por el resto del año lectivo. Querían que cubriera eso que tanto los profesores como mis padres llamaron aberración. El tatuaje es de mis memorias favoritas porque, en años posteriores, en mis veintes, a las chicas les causaría nostalgia y la nostalgia puede ser una antesala al sexo.

«¡Abuelito, soy Nico, ábrame!», grita mi voz adolescente.

Sucede así siempre: mi cuerpo de trece años tiene la conciencia del hombre de treinta y cuatro que duerme en un departamento al norte de la ciudad.

La voz de doña Pilar suena tan real y tan cercana. La calle, los autos, los vecinos, las casas antiguas sin tantos barrotes para aplacar a los ladrones. Todo intacto. Y aún, estando en la vereda de enfrente, escucho a doña Pilar susurrar: «Mijito, no». Es entonces que el abuelo abre la puerta y me recibe con un abrazo. Luce igual en cada sueño: los cinco pelos que tiene en la cabeza, blancos; la nariz, ancha; la cara con rosácea y escamas de piel muerta que se desprende al contacto. Su casa huele a grajo y ñoña. Hay hongos en las paredes de la cocina; cucarachas y moscas que no se esfuman sin importar los esfuerzos de mi mamá en cada diciembre, cuando asea la casa, previa a las decoraciones de Navidad. Esa era la temporada del año en que mis tíos, mis primos, todos, fingían interés por la vida de un hombre viejo a quien ni sus vecinos miraban al saludar.

Pongo los encargos de mi mamá sobre la mesa del comedor y le doy instrucciones para cada ungüento y cada píldora. «Tómatelas con agua, no con café», le insisto. El abuelo me pide que deje la receta médica pegada a la nevera para no olvidarse de nada. Me pregunta cómo va el colegio y si ya me gusta alguna de las chicas. Le cuento que ahora soy parte del equipo de vóley y que mi papá dice que este deporte me volverá un hombre alto.

A mis hermanos les sorprendía la facilidad con que el abuelo se dormía en todas partes. Seguía cualquier conversación sin problemas hasta que la otra persona lo descubría acu-

rrucado en un mueble. Esta no es la excepción: lo descubro babeando con los ojos cerrados. Así, subimos a la habitación en el segundo piso.

Todo está sucio. Hay tanto polvo que pareciera que nadie duerme allí; telaraña en los vasos de agua medio llenos y una cama con sábanas que huelen a orina. El abuelo responde con quejidos a mis comentarios sobre la suciedad que, claramente, no le importa en lo absoluto. «Quiero que hagas algo por mí». Y como está sentado en el borde de la cama le ayudo a cambiarse la camiseta sucia. Tiene pelo y ampollas en los brazos. «Ya sabes... —continúa— que tus hermanos nunca se acuerdan de este viejo». Se acomoda las mangas sobre los hombros y me soba el pelo. Como parece olvidar lo que quería decirme, aprovecho para contarle que en el colegio ya no me dicen Nico sino capitán, porque piensan que terminaré por dirigir al equipo. Mi vida adolescente de decisiones apresuradas y obsesiones sin sentido nunca le han aburrido. En algún punto de nuestra conversación me acaricia el tatuaje y me dice que siempre le ha parecido estupendo. «*Bacansísimo*», agrega, para sentirse menos viejo. Recuerdo —siento, de hecho— el temblor de mis piernas cuando el abuelo me pone una mano sobre un muslo y me pide al oído que le deje lamerme los dedos. Mi abuelo debe tomar mi conmoción como un sí porque tarda poco en chuparme el pulgar. Lo hace con delicadeza, despacio, estirando los labios, haciendo un sonido con la lengua que a veces escucho en mis otros sueños y me obliga a despertar empapado de sudor. Inmóvil, lo único que digo es: «Abuelito...». Y en ese momento —creo, siempre lo he creído así—, advierte que, a pesar de estar asustado, no me costaría nada lanzar un puñetazo. Por eso me sostiene las muñecas con fuerza. Su piel muerta se adhiere a mis manos en tanto se las frota por la cara con algo que a esa edad llamé hambre.

Mi abuelo me hizo conocer el asco.

Estando tan cerca de su cara descubro su sonrisa roja: su boca sin un solo diente; sus encías inflamadas y con llagas; su

aliento fétido. Grito que me suelte, varias veces, antes de que responda: «Yo nunca te pido nada, Nico. Solo cállate», y luego sigue sobando mis manos en sus mejillas, cerrando los ojos y gimiendo, embarrando en mis dedos la grasa en su frente.

Consigo liberarme en un arranque de adrenalina que me permite llegar solamente hasta el pasillo. Lo escucho gritarme: «¡No te vas, *chucha!*», antes de arrojarme una jarra de cristal en la espalda. El golpe me aturde y tropiezo.

—Si te vas, te juro que les diré que tú me pegaste. Me haré un agujero en el brazo con una jeringa y les diré que me la enterraste tú, con rabia, porque me oriné encima y no fuiste capaz de soportar el olor.

Me levanto del suelo y puedo ver su pantalón humedecerse. Se ríe y me dice: «Mira qué fácil». La risa de los monstruos no se olvida nunca.

—Ah, te da miedito, ¿no? Sabes que tus papás están hartos de tus pendejadas y tus sueños. Solo los locos sueñan tanto y a los locos nadie los escucha.

—¿Qué te pasa, abuelo?

—¡Ya, *chucha*, no llores! —me ordena—, no te estoy pidiendo que te quites la ropa. Cierra los ojos un ratito nada más.

Me tira del brazo y pega mi cuerpo pequeño al suyo. Acerca su boca a mi oído y dice: «Ya, perdóname. Son las pastillas que me ponen así, *Niquito*» y, por un segundo, mi yo adolescente, fanático del punk y el voleibol, le cree. Mis papás no me enseñaron que a veces la familia miente para obtener algo; que la sangre a veces no cuida a la sangre; que las heridas de la familia perduran hasta los treinta y cuatro años, haciéndonos llorar en soledad, golpeados por la culpa.

El abuelo no me suelta. Vuelve a pedirme que lo perdone, que se trata de un impulso. «Es un ratito, Nico», dice, «Es un ratito». Siento su panza embestir mi cuerpo, su olor a caca y baba seca. Las ampollas de sus brazos reventándose sobre mi piel.

Afuera de la casa, en la calle, doña Pilar y el perro esperan que esta vez salga y les explique que todo está bien, que el abuelo se quedó dormido después de tomar sus pastillas. Que entonces camine a la estación y espere al autobús para volver a mi casa. Pero eso nunca ocurre.

El cielo sobre el barrio se oscurece. En ocasiones, cuando se hace de noche, escucho a los pájaros sobre los árboles y a los vecinos haciendo sus quehaceres domésticos. Una llave abierta, un teclado, un televisor en la otra cuadra. Mi conciencia está en todas partes.

Los cristales de las ventanas de la casa se agrietan. Le pido al abuelo, entre sollozos, que me suelte. «No voy a decir nada a nadie», le juro, «solo déjame salir». Pero él no se detiene. No importa ni cuánto ni cómo lo suplique.

En este sueño puedo sentirlo todo con mayor claridad: su lengua sobre mi lengua. Su caspa en mi frente y el olor vomitivo de una vejez en curso. Y a pesar de que repito lo que ha funcionado antes, incrustarme las uñas en el antebrazo para causarme dolor, no consigo despertar. Esta vez no consigo despertar. Siento el mismo grito encerrado en la garganta. Siento que de verdad estoy reviviendo los hechos. Siento la pusilanimidad de mi cuerpo adolescente. No se trata de un sueño. No lo siento más así. No puedo despertar ni tampoco soltarme del monstruo que me aprieta el culo antes de llamarme Nico o *Niquito*, como lo hacen quienes me quieren. El beso del abuelo es el origen de todos mis miedos. Una imagen imborrable. Un dolor perpetuo. ¿Cuántas veces he dicho aquella estupidez de «no voy a decir nada a nadie» antes de despertarme? ¿Cuántos años?

—¡Déjame!

Y ese grito sacude la casa.

La noche se dispersa por el barrio. Puedo ver desde una ventana cómo se desvanecen las otras casas de la calle. Está por ocurrir.

El perro de doña Pilar ladra, sin descanso, hacia la casa del abuelo. Ella le sostiene con la correa mientras espera que salga. Mientras vigila la casa y casi pareciera sospechar lo que sucede. Los vecinos, en cambio, buscan el grito desde sus portales. Caminan hasta la calle después y miran la casa del abuelo y el agujero negro que, ladrillo a ladrillo, empieza a tragarse también sus casas.

El abuelo me tapa la boca y me llama «pobre pendejo», porque se piensa que así bajaré los brazos para dejarlo seguir. Corro por el pasillo, intenta detenerme cuando llego a la escalera. Se oye al perro y también a las casas ser arrancadas del concreto por el agujero negro que es la boca que se dibuja en el cielo; las alarmas de los autos, los niños asustados y las ramas de los árboles estrellarse entre ellas. «No te vas, *chucha*», dice mi abuelo, «¡Que no te vas!». Lo único que existe es este instante en que lo miro a los ojos y escupo con rabia: «¡Déjame!», antes de empujarlo por las escaleras.

De repente, la casa se estremece. Caen las paredes, los cristales, el cemento. Me derrumbo en el piso, embriagado de ese olor de los cuerpos viejos. Resuena la tierra advirtiendo el vacío. El barrio entero desaparece. Y, como en cada sueño, veo en el cielo una boca sin dientes.

El silencio de Dios

El viento se rompe / en la llanura un animal llora.
Roy SIGÜENZA

El sol brilla sobre el campo y el río que se dibuja junto a la carretera. Kilómetros y kilómetros de árboles que no crecen en la ciudad. Pocos autos atraviesan esta ruta porque este no es un pueblo de muchos visitantes. Inés y su hijo Fausto, sin embargo, lo conocen bien. El campo, con sus ruidos verdes y su aire fresco, les ha ayudado a sobrellevar el divorcio. Desde entonces salir de casa los fines de semana los protege de los recuerdos que todavía duelen.

Una invitación los trae de regreso al lugar que siempre han sentido como un refugio. Su amiga Narcisa insistió en que esta es una fiesta que no podían perderse.

Al llegar, Inés aparca el auto del otro lado de la calle. De un camión al pie de la casa entran y salen varios hombres con globos, flores y luces que la distraerán de lo que sucederá durante su estancia.

—¡Todo al patio, señores, todo al patio! —ordena Narcisa, todavía en el portal.

Sus perros cruzan el jardín. Ni bien Fausto se baja del auto los labradores le tumban al piso para lamerle la cara. Sacuden

sus colas; lo reconocen. Él les acaricia la panza y se impacienta por visitar el establo detrás de la casa.

Fausto es un niño que ama a los animales.

Narcisa quiere ayudarles con las maletas. Levanta a Fausto del suelo, toma su mochila y le pregunta:

—¿Qué comes que estás tan grande, ah?

Y le besa la frente.

Con Inés, en cambio, se dan un abrazo largo que también se siente como un refugio.

—Qué bueno que llegaste —le dice Narcisa—. De verdad necesito ayuda con todo esto.

—Seguro todo está quedando divino.

—Falta la mejor parte—advierte.

Y en cierto modo, tiene razón.

Ninguna de las madres sabe todavía que en esta tarde feliz ocurrirá una desgracia, por eso se concentran en los pendientes del decimotercer cumpleaños de Panchito, el hijo de Narcisa. Una fiesta de la que habla todo el pueblo.

—¡Felicidades, Panchito! —grita Fausto al entrar en su habitación. El chico no responde. Tampoco lo mira. Está decidido a avanzar al siguiente nivel de *Call of Duty*. El amigo que lo acompaña exige que dispare, que lo haga ahora, que debe ser en la cabeza porque en eso consiste el reto. Un disparo en la cabeza le garantizará el ascenso.

—Soy Fausto —le dice, y se sienta frente al televisor.

—Klever.

Sabe que su mamá apagaría la consola si viese este videojuego, pero es el cumpleaños de Panchito y no se han visto hace meses.

En la habitación ya no quedan juguetes: Panchito está creciendo y su padre ha ido cambiando los obsequios asegurándose de que su hijo tenga siempre el dispositivo de moda. En casa de Klever solo hay una tele antigua que sintoniza únicamente el canal de las telenovelas mexicanas. A diferencia de

la familia de Panchito, la suya no volvió al campo después de hacerse rico en la ciudad.

Fausto se distrae con las historietas compiladas en una repisa junto a la ventana desde la que puede verse el patio. Las risas de su mamá y su amiga son contagiosas. Sonríe al escucharlas y al descubrir a los labradores robando comida de las mesas. Los animales suelen sacarle sonrisas.

Klever festeja la victoria y el ascenso de Panchito; hace con él un saludo con los puños y lo llama *pro*. Panchito se acerca a la ventana y mira a su madre colgar más luces. «¡Feliz cumpleaños!», grita Fausto al abrazarlo por la espalda. Pero él lo empuja y le dice: «No seas maricón». Klever se burla de Fausto y añade: «Qué *sopa* tu amigo».

Fausto piensa en el río y sus peces; en el sonido de la lluvia sobre el campo, tan distinto al de la ciudad; en sus travesuras de las navidades pasadas junto a Panchito, en las frutas que han hurtado de patios ajenos, en su infancia todavía en curso y en las memorias de sus feriados en esta casa que su mamá le enseñó a querer como suya. Y, nunca antes, en ninguna aventura por el pueblo junto a él, lo había llamado maricón por un abrazo.

Si Narcisa escuchara a su hijo hablar con su amigo le daría una bofetada. Ella no dice (tantas) malas palabras. Tampoco su padre, al que Panchito ve un par de veces cada mes, por videollamada. «La familia de Narcisa se refinó un poco después de vivir en la ciudad», le confesó su madre a Fausto, que reconoce para sí que las mamás siempre tienen algo de razón.

—¿Y qué hay de nuevo? —pregunta Panchito—. ¿Sigues siendo niño-cuadro-de-honor en la escuela?

—Pues...

—Y claro que sí —se responde a sí mismo—, si eres tremendo cerebritito.

A Fausto no le hace gracia que le toque la cabeza después de llamarlo cerebritito.

—Este año haces la primera comunión, ¿no?

Klever se ríe.

—No es joda, pendejo. En su ciudad de verdad los obligan a confesarse, ir a misa y todo eso —explica—. Tranqui, Fausto. Ya estás aquí y tenemos que hacer algo para que cojas aire y sol, que estás blanquísimo. Mira cómo te toco el brazo y se te hace rosada la piel.

Luego le pone una mano en el hombro y lo conduce a través de la casa.

Inés recibe a los invitados por la puerta trasera que da al patio. El niño Francisco, Panchito para los que lo han visto crecer, está de cumpleaños, se ha dicho en el pueblo. Hay piernas de chanco, choclo asado, chorizo, chuzos, canguil, algodón de azúcar y mucho más que los invitados traen consigo a la fiesta y dejan sobre una mesa. En el campo se come rico y se come el doble. Eso lo sabe bien Inés. Por eso no comió durante el viaje. «Ya cuando una se acerca a los cuarenta se empiezan a contar las calorías», le admite a Narcisa, que se ríe y la llama ridícula. Entonces llegan los payasos, y los niños, que esperan impacientes por el pastel, los reciben con aplausos. Inés saluda a la distancia porque no le gustan tanto. Su amiga, por el contrario, aplaude y les entrega un micrófono. «¡Que comience la fiesta!», anuncian. Narcisa camina del brazo de Inés. Le dice: «Ya sé, ya sé que no te gustan los payasos, pero falta lo mejor. ¡Ya vas a ver!».

De esta fiesta ha hablado todo el mundo: casi cien personas en su patio haciéndose fotos y riéndose con los payasos. Pero en ninguna de las mesas, el cumpleañosero.

—¿Dónde están los niños?

Y ahí van los tres, abriéndose paso entre los árboles. Van como dando un paseo por el bosque. Panchito va adelante, pues es el único que sabe que esta es una búsqueda. Lleva puestos unos AirPods porque poco le importa hablarle a Klever. Sabe que lo seguiría al infierno si se los pidiese. Fausto va detrás de los dos chicos, más altos que él, arrepentido. Cree

que la fiesta debe haber comenzado y que su madre lo reprenderá por su ausencia. Le habría gustado haber ido al establo a saludar a los animales. «Es el cumple de Panchito, diviértete mucho con él hoy», le había dicho su mamá horas antes en el auto aún sobre la carretera. Por eso aceptó venir. Lo cierto es que no le agrada el Panchito de trece años que camina cuatro metros delante y ya no junto a él; que se burla al escucharlo hablar porque su voz tiene apenas diez años.

Ahora nada de eso importa. Suda y se rasca los brazos mordidos por los moscos. Quiere decir esa palabra que aprendió en la escuela y por la que su mamá le dio un *cocacho*. No entiende por qué Panchito se adelanta como si estuviese solo y por qué no quiso quedarse en casa para el inicio de su fiesta.

—¿Les importaría ir más despacio? —pregunta.

Y enseguida dice:

—Esperarme y no ir a su ritmo.

Los chicos voltean.

De pie, en medio del bosque, con el sonido del río ya cerca, Fausto siente que podría llamarlos hijos de puta, como lo hace su mamá cuando conduce en la ciudad y los demás conductores giran sin poner la luz direccional.

Panchito se le acerca. Lo mira desde arriba porque empezó a estirarse el año pasado y Fausto todavía se siente como el niño que es para los ojos de su mamá. Pregunta:

—¿Te da miedo quedarte solo en el bosque?

Y también dice:

—No te vamos a dejar solo. Tranqui.

Klever vuelve a reírse.

Semanas antes de venir, Fausto escuchó a su mamá hablar por teléfono con Narcisa. Le escuchó decirle que aquello era inaceptable, que debía castigar a Panchito porque si un árbol crece torcido jamás su tronco se endereza. Supo que escuchar la conversación estaba mal, pero siguió haciéndolo hasta que entendió lo que había sucedido: lo habían suspendido en el colegio por pegarle a una niña. Enterarse de aquello lo hizo

imaginarlo como uno de los bravucones de su escuela a los que él detestaba.

—Panchito, van a ser las seis —advierde Klever—. Se hará de noche.

—Ya, *simón* —responde—. Solo vamos a mirar el río.

El canto de los pájaros es una música de fondo. Los niños descubren el río con el sol todavía sobre sus cabezas. Fausto y su padre bañándose en él, saltando al agua desde las ramas de un árbol; riéndose sin pausa en lo que queda del verano. Guarda nítidos esos recuerdos de la cercanía de entonces de su padre. Antes del divorcio y su partida. «¡A que no se atreven, *sopas!*», grita Panchito y con su voz lo regresa al bosque y al río del presente. Los chicos han encontrado un panal de abejas y Panchito los reta a que lo golpeen con un palo. Klever toma una rama caída a las orillas del río y se aproxima. Titubea al principio, pero alcanza el panal y cientos de abejas emergen de él. Panchito se ríe en tanto escapan; le divierte que sus amigos estén en peligro.

Los chicos tardan en recuperar la respiración tras el susto. Fausto todavía no sabe nombrarla, pero descubre en la mirada de Panchito la desmesura. Y es apabullante: es violencia.

Años antes, cuando el establo en casa de Narcisa apenas acababa de construirse, y ella todavía atendía sus negocios en la ciudad, Fausto aprendió que los animales no se meten contigo si muestras respeto. Bajo un pilo de paja descansaba una serpiente que se había infiltrado en el establo. A Fausto le inquietaron sus colores, quiso tocarlos con un palo y no logró salir ileso. La mordida de la serpiente lo internó en el hospital dos días y jamás pudo olvidar la velocidad con que el calor del veneno se esparció por su cuerpo diminuto, cómo creció quemándole la piel.

No sabía por qué, pero sentía ese mismo calor subiéndole por las piernas. Sentía que el mal otra vez lo había encontrado.

—¿Y tú, Fausto?

—¿Yo qué?

—¿Tú a qué te atreves? —le pregunta Panchito.

—¿De qué hablas?

—Aquí este *man* ya dejó claro que no es *sopa*, pero tú no le hiciste al panal —le dice—. Es tu turno de mostrar que tienes bolas.

Klever juega a la orilla del río, metros más adelante: saca renacuajos del agua, los mira ahogarse y sacudir sus colas sobre sus manos. Fausto se ha detenido sobre un nido de gansos que apenas tienen plumas. Deben haber salido del cascarón hace poco, piensa, y le maravilla que la vida pueda emerger de un huevo. Por alguna razón que no precisa, verlos le recuerda las veces en que su padre ponía sus manos sobre el suelo para sentir la respiración de la tierra. Él le enseñó que en las gotas de lluvia en la hoja de un árbol comienza la vida. Él le enseñó casi todo.

Mira a los peces dibujar sus formas en el agua y ahora, también en ella, el reflejo de Panchito sosteniendo una roca.

—Te reto.

—¿De qué hablas?

—Te reto a que le des al nido.

—¡Qué te pasa, oye!

—*Psssss*.

—Los animalitos también sienten.

—Dale, no seas maricón. Son unos gansos nada más. Son como bichos.

Y le entrega la roca a Fausto.

Él cierra los ojos: piensa en el sol sobre los cultivos de arroz y en los niños que deben haberse comido ya los dulces de la fiesta. Piensa: «¿Por qué Panchito me pide esto?». Y desea con todas sus fuerzas que al abrir los ojos estén en casa para ver la sorpresa que Narcisa ha preparado.

Abre los ojos: la roca entre sus manos temblorosas. Los polluelos, bostezando, se incorporan, se miran entre sí, lo miran a él. Algunos se duermen. Deben pensar que el ala de su madre los protegerá, pero mamá no está en el nido y lo que sí

está es una roca sobre sus cabezas, tan pequeñas, tan recientes. «Bueno, Fausto —dice Panchito—. Ya sabemos que eres maricón». Y basta esa palabra para que Fausto suelte la roca.

Con sus ojos azules bien abiertos, se queda en silencio. Y durante esos segundos de silencio duda de la realidad. Entonces, detiene él el tiempo, se congela y solo vive y siente en su pecho la intensidad de sus latidos; el calor que trepa por sus piernas. Lo hizo. Sabe que lo hizo.

El sonido inconfundible de la muerte en el golpe de una piedra contra el suelo.

Un calor se esparce en su cuerpo. Le quema el estómago. No se atreve a mirar la destrucción a sus pies que los otros niños husmean ahora con un palo.

—Ya, Fausto, ha sido un juego. Di algo —le pide Panchito.

Los pájaros del bosque detienen su canto. Fausto oye y siente el silencio como a un enemigo. Se cuestiona si acaso ese silencio del bosque es Dios. Tiene miedo; quiere llorar, pero se contiene. «A las mujeres nos toca llorar toda la vida», le escuchó decir a su madre cuando papá se marchó. Por eso sabe que no debería hacerlo, porque el llanto es de las niñas.

Suena el celular de Panchito. Su madre grita: «¿Dónde *chucha* están?». Panchito no responde, sino que empieza a correr. «¡Soplen!», ordena. Klever le sigue sin dudarle; dice conocer un atajo. «¡Mueve, Fausto!», gritan ambos.

Cuando han avanzado por la senda junto al río, Fausto descubre en la orilla la blancura de una gansa que se yergue entre la maleza. Sacude sus alas como imponiéndose ante los niños corriendo en el bosque. Tiene el pico agrietado y el tamaño de un ganso adulto. A Fausto le duele el estómago y quiere vomitar. «Tiene que ser la madre», les dice a los niños entre sollozos. Ellos le responden que se deje de huevadas y camine.

Once o doce minutos después llega la noche y los chicos al patio trasero de la casa. Fausto deja que Panchito se integre a su fiesta. Él solo quiere apartarse para poder llorar sin ser visto. Por eso entra en el establo. Las risas de los invitados,

complacidos con el *show* de los payasos, se oyen hasta allí y, sin embargo, los animales duermen.

Fausto atraviesa un estado de conciencia que no debería conocerse en la infancia. Un miedo febril que le hace cerrar los ojos y repetir: «Perdóname, Diosito», porque así lo aprendió en la escuela y es necesario disculparse con Dios por todas nuestras faltas. «Panchito miente —piensa—. No es verdad que haya sido un juego», se dice. «Ninguna vida puede ser un juego». Y entonces llora porque siente que Diosito ya no lo escucha; que está enfadado con él. «A los niños malos Diosito hace oídos sordos, Fausto», le explicó su maestra.

Abre la puerta de la caballeriza. En el interior, una yegua reposa sobre su vientre. «¿Cómo has estado, preciosa?». La caricia de Fausto en su lomo la despierta. Ha montado al animal varias veces, durante veranos pasados. Pero la yegua se aparta de su mano; resopla y con ello parece alertar a sus vecinos. «Los animales saben —le decía su padre—. Los animales siempre saben».

En el interior del establo hay eco: son las risas del público disfrutando el espectáculo de los payasos. A Fausto tampoco le gustan porque piensa que no tienen gracia. Los animales, en cambio, son bellos y son nobles. En sus ojos el alma de la naturaleza. Por eso sabe que la yegua quiere que se marche y que los animales del establo están nerviosos. Retrocede, alejándose de ella. Se mira las manos. Piensa en cómo una decisión tan poco premeditada puede descomponer la vida.

—¿Qué haces aquí? —preguntan a sus espaldas.

Es su madre. La abraza al verla. Se deshace en llanto. No quiere que nadie más lo vea hacerlo. Nació hombre y, por ende, nada debe abatirle. No importa el miedo o el sufrimiento: un hombre debe imponerse una coraza contra el mundo. Fausto deja salir el llanto sobre el pecho de su madre. Ella se asusta porque siente en su frente la fiebre; le pregunta qué ha ocurrido, pero él solo quiere llorar.